



Primeras estampas para un álbum familiar: José Antonio niño, en brazos de su padre, don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja. La fotografía escolar, y bajo ella dos imágenes íntimas. Primer capítulo de una gran historia



PANORAMICA SOBRE JOSE ANTONIO

Por Rafael GARCIA SERRANO

Este hermoso poema se titula «Alicante» y lo escribió Marcelo Arroita-Jáuregui. Con él quiero abrir esta rápida biografía de José Antonio, compuesta con muchas cosas sueltas escritas anteriormente y, sobre todo, fundada con dos grandes reportajes que ARRIBA publicó hace muchos años.

*El mar, azul oscuro.
Oscuro azul, el cielo.
Una palmera rota
sobre el otoño quieto.
Vuelve el sol.
Las sirenas
retumban en el puerto.
Acabará mi estirpe
sobre ese claro duelo.
(Al alba le mataron
al caballero.)*

Los primeros pasos

La turba infantil revuelve la casa. Nada hay más hermoso que una casa entregada a una pandilla de niños; es el inefable momento en que se descubre cómo la parte inferior de una mesa es nada menos que una isla desierta, y el flequillo del tapete el borde de la selva misteriosa. Se dibujan planos con el escondrijo del tesoro—planos que tienen el mismo delicado y habucente temblor de las primeras cartografías—y se enciende la imaginación en el más estupendo de los juegos.

Pero también puede hacerse teatro; es muy divertido. Basta con que entre los chicos y las chicas que componen la tribu haya un dramaturgo. En España esto no resulta difícil. En seguida brota el dramón, bien ensangrentado, bien próximo a las últimas lecturas, a la última impresión. José Antonio lee los libros que acomodan al aire de su casa paterna, aire demasiado urgente y vivo para estar al tanto de las novedades, para catar los valores que se descubren cada día. Por eso sus lecturas van del duque de Rivas a Campoamor, pasando por don José Zorrilla; a los clásicos del romántico XIX,

que acaba de terminar. Los dramas que escribe el primogénito de los Primo de Rivera—nos lo han recordado con ternura sus compañeros de juegos—son dramones espantosos y atacados de Historia. «El noble godo»: este apelativo ganaría José Antonio por mostrar reincidentemente su vocación para el drama histórico.

Capitanea a sus hermanos, a sus primos y a sus amigos. Tiene ya un cierto sentido tutelar, ese tacto sereno, atrevido y protector que caracteriza a los hombres dotados para el mando. La herencia contribuye a esta virtud: José Antonio es hijo de un militar de clara estirpe. Son ya dos generaciones—la tercera nos alcanza en la carne y en el alma—muy destacadas en el servicio de la Patria, siempre en los puestos del peligro y del honor. Corre por sus venas sangre que ha peleado en las últimas palestras universales de España; sangre que se ha vertido por España, dentro y fuera de España, igual en los sitios de Zaragoza que en las guerras carlistas o en la hoguera del Imperio, que crepita y se apaga. Hay como una predestinación dinástica en su apellido; como si una estrella alta y trágica marcara su nombre para los trances en que es preciso sacrificar más, entregarse más y morir. Sencillamente: morir.

El primer marqués de Estella enlaza a José Antonio con la vida turbulenta del siglo XIX; José Antonio copia o recibe el dictado de sus Memorias. Su padre trae a la casa la inquietud de cada día, la eterna inquietud de una España que languidece y se empantana sin pena ni gloria. Sin más pena ni más gloria que la de los campos africanos. La política roza con su ala la frente de este muchacho. Don Miguel Primo de Rivera no se resigna a dejar que la cosa pública pase sin su aprobación o su censura; generosamente se entrega a ella. «Cada vez que mi padre pronuncia un discurso tenemos que cambiar de casa», observa el chico mayor de los Primo de Rivera con cierto irónico realismo.

La orfandad—su madre murió en 1908—acrecenta su despierto sentido tutelar. Es el hermano mayor y acoge severamente sus obligaciones con una precoz madurez. Estudios, primeros, ingreso, y un buen día ya es bachiller. Dicen que aquellos destinados a algo verdaderamente grande suelen tener un mediano expediente en su contacto de vanguardia con la ciencia oficial. Aquí se comprueba la posible verdad que encierra esta afir-

mación: notas discretas y nada que señale el futuro camino. Hay cierta consecuencia en varios sobresalientes: Lengua Castellana, Historia, Psicología y Lógica, rudimentos de Derecho... Aritmética... ¡Ah, y un prodigioso e inexplicable sobresaliente en Química! Pero sobre todas las calificaciones, sobre todos los augurios, la voz del destino habla por boca del padre.

Una tarde familiar y apacible, una de las pocas tardes familiares y apacibles que la vida reservó al general Primo de Rivera, contempla éste un retrato de su hijo mayor. Como una caricia, mirando al retrato, con sonrisa afable y complacida, con una sonrisa que sabe del dolor y de la esperanza, del riesgo y del laurel, dice: «Este será un hombre del que hablará mucho la Historia.»

La Universidad, paisaje triste

Nosotros—los de Filosofía y Letras—ya vivíamos en otro mundo: aulas espaciales donde entraba el sol, campos de deporte, ocasión de traducir a Píndaro después de correr los 100 metros y de mirar la Sierra entre verso y verso de Santillana y de llevarnos su color antes de girar visita al Prado. Aun así, las crónicas de Eugenio Montes nos traían el perfume tentador de las viejas Universidades alemanas; no ha de extrañar, pues, que José Antonio, estudiante en San Bernardo, añorando los dos años que no pasó en Heidelberg, dijese cierta vez a este camarada: «Nuestra juventud, en España, en aquel polvoriento y triste caserón de la calle Ancha, sin paisajes, sin ríos, sin Humanidades; sólo artículos del Código y mesas de billar, es demasiado seca y triste.»

Llegada su hora, él ha de conseguir llenar de alegría la misión de la juventud. Será el rescate de su estancia en el antiguo convento de la calle de San Bernardo, y las proezas de sus camaradas, hincados en la Ciudad Universitaria, dando lecciones de buen morir con el fondo cortés y azul de la Sierra por escenario, un dramático homenaje al hombre que les llenó de fe.

José Antonio decide cursar Leyes. Al pronto su decisión le cuesta vencerse a sí mismo en una lucha serda y callada. Seguramente que la carrera de las Armas tentaría su sangre con la vieja llamada de la tradición familiar. Pero en seguida encuentra el gusto del Derecho, y su pasión por la justicia dotaría a sus estudios de



José Antonio en familia, con su padre, don Miguel, la "Tía Ma" y sus hermanos Miguel, Fernando, Carmen y Pilar



Alférez de complemento del Ejército, con el uniforme de húsar y a caballo, José Antonio saluda a su padre, ya jefe del Directorio Militar



José Antonio preside el entierro de su padre. Pronto la política romperá la armonía de su íntima vocación universitaria

una violencia que se acomoda con el temperamento militar de su casta. Adquiere habilidad retórica, ensaya en los pesillos de la Facultad su destreza para la ironía, condición que en el transcurso de su existencia ha de convertirse en aquello que Francisco Bravo llama su «fiera maestría para el sarcasmo».

(Muchos años después pude leer esto: «Valiente, inteligente e idealista, sobraba a José Antonio para ser dictador un humorismo agudo e irreprimible.» ¿Y quién le dijo a don Salvador de Madariaga, autor de las anteriores líneas, que José Antonio aspirase a dictador? ¿Quién supuso que la Falange aspirase a la dictadura?)

Años de trabajos y de lecturas: un bagaje sorprendente de incitaciones—la prosa de Ortega, los versos nuevos, la nueva Filosofía, libros franceses, libros ingleses, traducciones. Es el maravilloso instante en que cada día trae un descubrimiento. Por ejemplo, el amor. Por ejemplo, las primeras luchas. Nadie viva que no se haya peleado en la Universidad. Por el amor y por la pelea pasa José Antonio. Todo dejará un recuerdo. Años más tarde, en días de sosiego, escribirá estos versos:

*Vivamos en el mundo.
Pero tengamos nuestro mundo aparte
en un rincón del alma.
Un mundo nuestro
donde tus horas y mis horas pasen,
íntimamente, luminosamente,
sin que nos turbe nadie.*

En junio de 1923 termina su doctorado. En junio de 1923 sienta plaza como soldado voluntario. Tiene veinte años. Va destinado al regimiento de Caballería número 9, Dragones de Santiago, de guarnición en Barcelona. El Capitán General de la región se llama don Miguel Primo de Rivera. Desde la ciudad catalana, en septiembre de 1923, va a sacudirse la pereza de un régimen caduco y el pueblo español esperará ilusionadamente—de arriba a abajo—que el general Primo de Rivera lance a la Patria por nuevos y gloriosos caminos. Don José Ortega y Gasset escribía por aquellas jornadas: «Si el movimiento militar ha querido identificarse con la opinión pública y ser plenamente popular, justo es decir que lo ha conseguido por entero... Calcúlese la gratitud que la gran masa nacional sentirá hacia esos

magnánimos generales que, generosamente, desinteresadamente, han realizado la aspiración semisecular de veinte millones de españoles sin que a éstos les cueste esfuerzo alguno.» Hasta Ossorio y Gallardo, que todavía no es pontífice de la juridicidad, pero que ya anda rondando el pontificado, opina: «Cuando los sublevados se jactan de haber recogido el ansia popular tienen razón. En lo íntimo de la conciencia de cada ciudadano brota una flor de gratitud para los que han interrumpido la rotación de las concupiscencias.»

Los veinte millones de españoles, de todos modos, van a tener que hacer su esfuerzo. Nada es gratuito en la Historia; pero aún faltan unos años para que esto se aprenda.

El hijo de Primo de Rivera

Mientras el Dictador vigila paternalmente a España, José Antonio trabaja en su despacho de abogado. La popularidad del padre alcanza a los hijos. Muchas venturas pudieron cercar a José Antonio, pero no aceptó más que las que se derivasen de su propia satisfacción. En cambio, esa misma popularidad del hijo de Primo de Rivera le pone en contacto con la mezquindad de los hombres. Gentecillas viles que esperan de él un apoyo para sus pleitos inmundos. O, por el contrario, el día en que informa por vez primera ante el Supremo, el que Bergamín—por treta política y profesional—se permita la insolencia de pedir a la Sala que antes de fallar se olvide del apellido que lleva el abogado de la parte contraria; Primo de Rivera, naturalmente. Como la Sala acepta sin réplica la advertencia de Bergamín, es José Antonio quien contesta doblemente: con una cortés gallardía y con una sólida argumentación que asombra al propio Bergamín, maestro indiscutible. José Antonio gana el pleito con los mejores recursos de su oficio, y es pública y gentilmente reconocido por Bergamín como una de las altas figuras del Foro. De todas maneras, la inmundicia, la lasura, la malignidad de los hombres le pone cerco. Las desilusiones van marcando su carácter, dotándolo de un escepticismo superior, llevándolo—sin que él mismo se dé cuenta cabal—hacia el amargo camino de la crítica. Ve con sorpresa primera cómo las gentes encuentran natural que la política enturbie la clara acción de la Justicia; esos ma-

gistrados que aceptan la advertencia de Bergamín, esos tipos que hacen turno en su antedespacho solicitando sus servicios al par que la pretendida influencia del hijo de Primo de Rivera. Tiene que ver todo esto él, que charía fusilar a los jueces venales. El, que nos ha dicho: «No existirá jamás una Patria mientras no exista una justicia.»

Pero es joven, el mundo está ante sus ojos como el más fascinante espectáculo, y sabe que es preciso marchar adelante, despreciando la cabalgata de los canes. Trabaja. Vive en una alerta continua sobre la literatura, sobre el arte, sobre la filosofía. Vive la existencia cotidiana de un hombre que gana su pan, sin torres de marfil, sin exquisitos desdenes para el esfuerzo de cada día. Es cierto que ejerce aquel magisterio de costumbres del que habría de hacernos. Refinado, alegre y entrañable, paladea con frecuencia la vena popular española. Es entonces cuando comienza a amar los viejos pueblos de ancestral cortesía, los campesinos que tienen el ademán de gentilhombres. La sociedad—esa buena sociedad de los Ecos que luego se asombraría al verle capitaneando la Revolución Nacional Sindicalista—le abre sus puertas. Gusta de montar a caballo. «Ningún hombre que no sea un buen jinete será capaz de gobernar un pueblo.» Su cerebro se ajusta con rigidez matemática—¡aquel lejano sobresaliente en Aritmética!—y adquiere la flexibilidad que él tanto admirara en Napoleón. «Cuando quiero, cierro un cajón y abro otro. Me olvido por completo del asunto que antes me ocupaba y me entrego de lleno al que me interesa sobre la marcha.» Mister Moore, embajador de los Estados Unidos, íntimo amigo del general Primo de Rivera, quiere que José Antonio visite su país para especializarse en asuntos financieros. Advierte en él una magnífica posibilidad. Algo daría yo ahora porque los jóvenes norteamericanos, ya que no su indeciso clan dirigente, entendiesen la vida y la obra de José Antonio tal y como pudo entreverla, por pura adivinación, su compatriota.

Con sólo extender la mano, el hijo de Primo de Rivera tendría para sí todas las ventajas imaginables, todas las bienandanzas posibles. Pero él nada quiere que no sea ganado por él mismo. Solamente acepta, en la hora de las traiciones, la gloriosa pesadumbre de ser para todos y para todo el hijo del general Primo de Rivera, el primogénito del Dictador. Cuando la conspiración pa-



En el chalet de Chamartín de la Rosa, José Antonio se retrata con su sobrino, el hijo mayor de su hermano Fernando



En el mismo lugar, en el hotelito familiar del cercano pueblo madrileño, José Antonio conversa con sus hermanas Pilar y Carmen



José Antonio en una de sus primeras actuaciones públicas anteriores a su definición política

latina da cauce al descontento de los intelectuales y de los políticos apollados y rencorosos; cuando una llave dorada abre las puertas de España a la revolución marxista, entonces José Antonio recaba con sus hermanos el honor y la reivindicación del apellido. Son años enteros de lucha, de desafíos, de bofetadas: desde el desprecio hasta el discurso, pasando por el puñetazo contundente, la dialéctica de José Antonio se esfuerza en conseguir para su padre el juicio desapasionado de los hombres, el respeto, el elogio de lo positivo que hubo en su labor, y nadie como él sabe llegar al análisis más certero de las inevitables equivocaciones de su tarea. Quizá de ahí parte su concepción política. Estos años llevan hasta él el jugo amargo de las traiciones. Cuando su palabra convoque sabrá muy bien a quiénes ha de dirigirse. Sabrá que en España nada es posible sin la generosidad de la juventud, tan dadivosa, que hasta su arribo a la vida pública solamente sirvió de baza en el tanteo sucio y oculto de los profesionales de la política.

Un día de octubre

«Cuando un hombre ama la política, sus hijos suelen aborrecerla.» Según su propia afirmación, él debería haber aborrecido la política. Por otra parte, aquellos versos expresaban con precisa diáfana su deseo de alejamiento, su gusto por la paz, casi un programa de vida:

*...donde tus horas y mis horas pasen
intimamente, luminosamente,
sin que nos turbe nadie.*

Y, sin embargo, llega un momento en que la política hienta a su despierta madurez. Tiene treinta años escasos. Una espléndida formación. En su torno, sin haberlo buscado, hay una aureola que da esperanzas a las juventudes revolucionarias y nacionales. También algún caduco pone sus ilusiones en él, pero el desengaño «era brusco. José Antonio pertenece a su tiempo y no le gastará en el rescate de fórmulas no aptas. Comprende que la hora de la acción ha sonado, que ya nada—ni su rotunda vocación de estudioso—puede apartarle de contribuir de modo directo y capital a la salvación de España. Todavía no se siente el conductor de aquellas

juventudes. Pero se dispone a prestarles su concurso para ponerlas en trance de encontrar el secreto designio que agita febrilmente a los mozos españoles. Acude con humildad y buen bagaje. Para clarificar los objetivos, para conciliar el sentido nacional y el social, para unir a los dispersos, allí está el Comprende cómo es urgente suministrar a la contienda política una dotación de fe, de la que hasta ese día de octubre apenas puede apreciarse alguna muestra—frenética y desesperada—en la mochila de los núcleos extremistas: JONS, carlismo, comunismo, anarcosindicalismo. Los partidos imperantes, los que realmente cuentan a la hora de legislar y de gobernar el país, son una especie de gigantescas bandas mercenarias dirigidas por condottieros de la política, que nada arriesgan y ganan mucho. En adelante la verdad política trascenderá a las conductas; están en la puerta los destinos de España. También estarán las vidas de los españoles. Por defender la Revolución Nacional-sindicalista será preciso morir. Como el marqués de Mantua ante las huestes de Gran Capitán, podrán decir ahora los avisados dirigentes de los partidos al uso: «Nadie debe pelear con enemigo que ni tiene en nada la vida ni se le da nada porque venga la muerte.»

Su voz se alza como el halcón en la alcándara y cae sobre España. Aquel día de octubre—mañana madrileña, con el solcillo elegante del otoño—un puñado de hombre jóvenes sabían ya que España había encontrado el hombre que necesitaba. Las escuadras angulares tentaban las ágiles perras, acariciaban las dos o tres pistolas que eran su patrimonio común. Porque también sabían que la lucha iba a ser dura y que en el camino más de uno dejaría su vida; pero, al final, esto era seguro, España se alzaría sobre el pavés. Arriba. Debía ser hermoso ser tan poco a saber una verdad tan grande. Años más tarde, con todo el público que dice que estuvo en la Comedia, se podría llenar diez veces el Estadio Bernabéu.

En «El Sol» del martes siguiente, con una agudeza política marchita por un gesto indudable de buenos aventureros, los muchachos de Félix Lorenzo dedicaron su editorial al acto de la Comedia. «Un movimiento poético», se titulaba. Traía a colación que el comunismo ibérico fue desautorizado por la Internacional moscovita a causa de ser «una capilla literaria». Para evitar el nombre

de José Antonio daban un rodeo y escribían siempre como de los oradores. «Al fascismo español—dogmatizaban los sabios pontífices—le aguarda el mismo destino que otros movimientos políticos europeos—el liberalismo hasta el conservadurismo—han sufrido en nuestro país: la falsificación y la superficialidad... Lo falso siempre repugna, cualquiera que sea la cosa falsificada.» Y se quedaron tan anchos, sin calar en la profunda autenticidad de aquella bandera que se erguía sobre la desmantelada tierra española.

José Antonio en tres años decisivos

«Administradores y electoreros se afanaban en los preparativos locales para que el señorito sólo tuviese que comparecer a última hora, con su maletín de billetes y su pronunciación británica, a deshojar, por fórmula, un par de desmayados discursos, en lucha con la penuria intelectual y la exigüidad del vocabulario, ante los rostros indescifrables de los lugareños.»

Este era, según José Antonio—y la fidelidad del retrato está comprobada a derecha e izquierda—, el panorama del sufragio universal en tiempos de la Monarquía. Sobre poco más o menos ése fue también el panorama electoral en tiempos de la República. A lo sumo cambió el acento de los señoritos. En lugar de la pronunciación británica podría ponerse cualquier otra pronunciación—incluso la rusa en las elecciones del 36—, si no de absentismo material, de absentismo espiritual, cuando no de coloniaje. Se servían doctrinas extranjeras, y el maletín de los billetes unas veces llevaba billetes y otras unas promesas fantásticas o unos latiguitos de efecto, o un bajo balago a los peores instintos: la pornografía y el crimen contaban a la hora de los discursos electorales. Se pasaba la cuenta de los abuelos republicanos como otros vivían de la renta de sus abuelos de la Reconquista, y, por supuesto, con el mismo derecho. Por eso José Antonio fue candidato «sin fe y sin respeto». (La primera vez que se presentó a diputado «en defensa de la sagrada memoria» de su padre, le echaron por delante un ilustre y honrado santón que ya nada tenía que ver con nada. Los constituyentes y la coalición republicano-socialista se acogían a fórmulas casi milagrosas con tal de no ver a un defensor convertido en fis-



Son los tiempos fundacionales. Las primeras escuadras falangistas se alinean ya para el recobro de España. En Estremera, José Antonio revista y arenga a las Centurias madrileñas

cal. Sacaron, pues, del desván a un hombre de mente fina—por el que, naturalmente, sentían al infinito desprecio de los tipos prácticos—y lo pasearon procesionalmente por los colegios electorales. Así pudo ser mínimamente derrotado José Antonio.) Del Congreso venía un tufo agrio y sudoroso. La taberna de las 'mazquindades' no daba más.

La calle conoció pronto las primeras audacias falangistas. A la novedad de una política correspondía un nuevo estilo de plantear la batalla. Con estas primeras audacias—de aire deportivo y alegre, banderas en la Casa del Pueblo, en las torres de las iglesias, en el Viaducto—vinieron las represalias 'cruces'. Se trataba de ahogar por el terror el Movimiento que nacía con un ímpetu peligroso. Desde entonces no nos ha abandonado la tremenda pesadumbre de nuestros muertos. José Antonio esperaba antes de iniciar la réplica sangrienta: «Hay que cargarse de razón», dijo «¿Y de muertos?», le preguntó alguien. «De razón. Los muertos nunca son una carga.» Un bienaventurado humorista de la derecha se inventará aquello de funeraria española y de Juan Simón el enterrador, y también dirá que lo que hacen los falangistas que mueren en la calle es ganar el cielo, pero no una Patria. Fracasen las burlas de los timoratos y las incitaciones feroces de los que sueñan con una guardia pretoriana, como fracasarán los crímenes: la Falange está en marcha. Sáinz, Provincial de Toledo, quiere hacer una sonada. «Muy bien—contesta José Antonio—. Puesto que los cadetes del Alcázar dicen que son falangistas en su mayoría, te encierras con ellos y tus escuadras en el Alcázar, proclamas la Revolución Nacional-sindicalista y volaremos todos a ayudarte para conquistar España saliendo de Toledo.»

Entre tanto, Castilla entera conoce a la Falange Española. Ya Falange Española de las JONS. Los pueblos y las ciudades de España van escuchando y descubriendo de qué parte están la razón y el coraje. Estudiantes y campesinos, obreros y burgueses, oficiales del Ejército, antiguos legionarios, toda la innumerable España que gusta de la justicia y la aventura, del rigor y la verdad; toda la eterna España que siempre se entregó con desparpajo a las empresas nacionales, va agrupándose en torno a José Antonio. Él da el ejemplo; vende «FE» en la Puerta del Sol, persigue a tiros a los pistoleros que

intentaron asesinarle a la salida de un juicio celebrado en la Cárcel Modelo, escribe artículos maravillosos—de los que aún no podemos apreciar su singular valor literario, lo que significan en punto a renovación de la prosa, por su actual y operante sentido político—, parte el pan con los camaradas; se enfrenta con la Policía, con el Parlamento, con la izquierda, con la derecha, con los que persiguen su vida. «Lo mismo te pesca un matiz de Rabindranath Tagore que le pega un tiro al lucero del alba», dirá de El Agustín de Foxá. Sin fatiga, sin descanso, sin que prenda en él ningún desánimo, acude a la buena voluntad de los españoles. Pero andan la mayoría de éstos muy metidos en comodidad, en miedo o en traición para atreverse a escucharlo: esto es lo que se llama la masa neutra española, la que decide en las convocatorias electorales. Sin embargo, la juventud española distingue a José Antonio: unos con su fanatismo leal, con su fiel amistad; otros con su odio rabioso. Odio que no estaba exento de calidades admirativas y respetuosas. Su gallardía, su firmeza, eran reconocidas por todos. «El chulo simpático», le llamaban los socialistas. Decían chulo porque el rencor—y hasta la falta de costumbre y de conocimientos idiomáticos—no les permitía decir «el héroe simpático». Y él es como un héroe de la Caballería. En la vida le rodea su propia leyenda: como los héroes goza de buenos amigos, de los mejores camaradas. La tenacidad de Julio Ruiz de Alda está junto a él. José Antonio quiere que los suyos sepan dar a la camaradería todo lo que tiene de sagrada: «Los camaradas deben ser como hermanos: deben saber no sólo dónde viven, sino que también deben conocer hasta el color del pelo de sus novias.» Sus constantes lecciones de humanidad prenden en los que marchan tras de sus consignas con el fuego violento de la «fides ibérica». Mejor que nadie, Eugenio Montes, un día de auténtica camaradería, lo dijo sobre los humildes manteles de un café popular, de boda y bautizo: «José Antonio reúne todas las condiciones de Amadis: es joven, recio, animoso, dulce, caballeresco y guapo. Y, por todo esto le sigue la juventud española, harta ya de monstruos físicos.»

Ni en un solo momento, en los tres años ásperezos y peligrosos que van desde el acto de la Comedia hasta su muerte, le apresa la garra del odio. Su doctrina es de

unidad. No odia a los que combate. Quiere atraerlos a sus filas, convencerlos de la verdad que representa, y él entiendo las razones del contrario. Si es necesario un canto de exaltación eliminará de él, a propio intento, cuanto pueda tener un ademán iracundo. «Haremos una estrofa a la novia, otra a los caídos y una que remate con aire seguro de triunfo.» Así nace el «Cara al Sol».

La revolución de Asturias ha sido el último aldabonazo, la última ocasión que los políticos han dejado pasar en vano. José Antonio sabe que la próxima lucha no se reducirá a los simples trámites electorales. Presagía ya la dulzura magnífica de un otoño en que morir por la Patria. La línea insurreccional de la Falange se insinúa, y la radicalización de la doctrina se acentúa día a día. Febrero del 36 trae un mal viento a la tierra española. Se vive en guerra civil. La Falange es perseguida sañudamente. Los nuestros matan y mueren. José Antonio está en la cárcel. Desde allí dirige el movimiento clandestino. Un gigantesco aparato revolucionario se prepara en las sombras—mientras desde el Poder se abren las puertas a los cipayos y hasta a los cosacos del Kremlin—, y es la mano de José Antonio la que mueve el tinglado de la conspiración falangista. Es verdad que la Falange no nació para conspirar, pero la obligan a ello. Tampoco queda ya ni pedazos de aquel «mundo aparte» que un día soñara. No hay «mundo aparte». Sus palabras se hacen más precisas, más aceradas. Su cólera cae sobre los enemigos de España y sus sarcasmos azotan a los currinches que se han erigido en beligerantes frente a los hombres que pelean por la justicia, el pan y la Patria para todos. Sin embargo, siempre su generosidad pone sordina al arrebatado de sus camaradas. Es su intervención la que salva de una muerte segura a Largo Caballero. Toda la inmensa España vive pendiente de sus decisiones. Ya es público que la postrera esperanza española reside en su doctrina. Ya no es el hijo del Dictador, ni el hijo de Primo de Rivera, ni José Antonio Primo de Rivera. Para los que en él esperan, para los que le odian a muerte, para los que se aventuran en su nombre, para los que van a visitarlo a la Modelo de Madrid llevándole un balón de fútbol raziado en unos almancen judíos; para los que hacen colas interminables en la plaza de la Moncloa por oír una sola palabra suya, para los que se inventan parentescos que les per-



Es el tiempo de los primeros mártires. La iniciación de lo que luego sería larga lista de ausencia y dolor. El Jefe Nacional, en olor de multitud, acude a los primeros funerales

mitan el acceso a la cárcel. él es, a secas, José Antonio. En tres años tiene ya el nombre escueto de los capitanes.

Lo han dejado solo frente al enemigo. Los administradores de la derecha española lo abandonan en el tapete electoral. La ceguera de Gil Robles, su soberbia, que le hace plagiar a Cisneros contando sobre millones de pesetas y no sobre hombres, de modo que toda España ríe cuando, bajo el "Estos son mis poderes" de su "slogan" electoral, aparece el luminoso de una pastelería, ha negado el pan y la sal a la vanguardia de España. Gil Robles pacta con masones en activo, con turbios republicanos, y hasta extirpa puestos electorales a partidos de derecha de honda línea nacional simplemente «para compensar las pérdidas que sufría en sus tratos con el Gobierno» de Portela, el «croupier» del sufragio universal. El mismo Pla, en su «Historia de la II República», se escandaliza de todo ello: «No se logró—¡Dios mío!—ni la inclusión en una candidatura segura del nombre y de la persona de José Antonio Primo de Rivera.»

«Es la época heroica de la Falange—escribe mas adelante—, la época de los grandes sacrificios y de las empresas peligrosísimas. Es el momento que la figura de José Antonio se forma en el ánimo de las gentes—de todas las gentes—. Para execrarla, unos; para ver la grandiosidad de su posición, otros... A José Antonio se le inventa ahora un proceso. Un registro policiaco—estando el señor Primo de Rivera en la cárcel—encuentra dos pistolas en su domicilio. Una en el bolsillo de un abrigo que no le pertenecía. La vista de la causa se produce ante la sección primera de la Audiencia de Madrid: tenencia ilícita de armas. José Antonio se defiende a sí mismo. La sentencia: cinco meses de cárcel. Se produce un gran escándalo en la sala al conocerse la sentencia. Los gritos de «¡Arriba España!» crepitan. José Antonio se despoja violentamente de la toga. Llegan camiones de guardias de Asalto, que toman el edificio. José Antonio entra en la cárcel: para no salir ya. Esta sentencia será, ineluctablemente, su muerte.»

La Falange, acorralada, perseguida, mantiene un frente de esperanza. Desde Alicante, a donde ya lo han trasladado, José Antonio enlaza con Franco y con Mola, y lleva la voz de la Falange hasta los cuartos de bande-

ras. «A primeros de mes (de julio)—se lee en el famoso libro de José María Iribarren—un primo de José Antonio, llamado Sáenz de Heredia, llegó a Pamplona y entregó a Mola el borrador de una proclama clandestina que Primo de Rivera dirigía al Ejército, y que se titulaba: «A los militares.» El general, tras de leer el precioso documento con emoción incontenible, aprobó íntegramente su texto. El enlace volvió a Madrid y la proclama fue impresa y repartida entre la oficialidad afecta. Durante la conspiración, el general dispuso de un enlace directo con Alicante, por mediación del cual se relacionaba con José Antonio, preso en aquella cárcel. Este, desde el principio, le ofreció el concurso de los falangistas, con los que siempre contó Mola.»

Franco, antes de salir para su destino de Canarias, se entrevistó con José Antonio «en casa de una persona del afecto e intimidad del general», refiere Joaquín Arrarás en su autorizada biografía del Caudillo. «Primo de Rivera le expuso cuál era la situación de Falange Española y le dio a conocer los elementos de que disponía en Madrid y en provincias para un momento dado. El general le recomendó continuara en relación con el teniente coronel Yagüe, al cual le conocía el señor Primo de Rivera por haberse entrevistado con él en aquella misma casa.»

Alicante es para la inquieta España de hace veinticinco años el lugar donde reside la esperanza. José Antonio organiza la vida de todos sus camaradas alicantinos presos junto a él; trabaja y hace trabajar. Nadie piensa que pueda morir. Su vida ha estado en el azar del combate infinidad de veces—así es de chirriante la convivencia política bajo la democracia española—, pero ahora el triunfo es seguro y ya no podrán arrebatarnos su vida. A un malagorero—que nos ponía en vilo apoyándose hasta en citas históricas—le contesté: «Bueno, hombre, calla la boca. Yo siempre he de morir con Juan de Austria.»

«¡Eh, las provincias en pie!»

Días antes del Alzamiento corrió el rumor de que José Antonio iba a ser trasladado de la cárcel de Alicante a la de Vitoria. Digo ahora, y vale para todo lo que aquí se cuente más adelante, que ignoro el fundamento de este rumor y hasta su área geográfica—aunque de

que llegó a Pamplona respondo personalmente—, porque estoy convencido de que todos, involuntariamente, nos inventábamos algo, y ya he afirmado más de una vez que en nuestras escuadras siempre abundaron los estupendos imaginativos. Cuando nos soltaron la noticia nos supo a gloria, porque en Pamplona se aceptaba popularmente la idea de una rebelión triunfante como la cosa más natural del mundo. Nos parecía que descolgarnos de Pamplona a Vitoria sería coser y cantar, porque Vitoria no fallaría, y ya en Vitoria, con José Antonio a la cabeza, la marcha sobre Madrid—todo el mundo estaba convencido igualmente de que habría que marchar sobre Madrid—, una simple y lógica consecuencia de algo que para nosotros tenía un enorme e indiscutible valor militar: la presencia de José Antonio en nuestras filas.

El había dicho que la Falange crecía «como un jazmín trepador, fresco y fragante, sobre la tumba de un siglo de estupideces». Aquel julio de sangre la Falange se esparce en guerrilla por los campos españoles, codo a codo con el Ejército y con los requetés; las breñas de Somosierra, las dulces y verdes jigas guipuzcoanas, el altivo Pirineo, la tierra reseca y dolorida de Alcabierre, los arrabales de Oviedo, las piedras sagradas del Alcázar, el patio de la Montaña en Madrid y la plaza de Cataluña en Barcelona; los pueblos andaluces, los tiernos paisajes de Galicia, las llanadas y sierras extremeñas, las cubiertas de los «bous», el campamento de Dar-Riffien, los cedros de Ketama, la magnificencia de las huertas levantinas, la brava y unánime Navarra, el granítico y ofensivo Valladolid de Onésimo; toda España había oído la voz de José Antonio llamando al combate: «Trabajadores, labradores, intelectuales, soldados, marinos, guardianes de nuestra patria: Sacudid la resignación ante el cuadro de su hundimiento y venid con nosotros por España Una, Grande y Libre. ¡Que Dios nos ayude! ¡Arriba España!» Y firmaba bajo la fecha: «Alicante, 17 de julio de 1936.»

Recuerdo que el 19 de julio se vitoreaba a José Antonio; pero, en cambio, tengo la sensación de que nadie preguntó: «¿Qué pasa en Alicante?» Al menos, yo no pregunté a nadie ni a nadie tuve que responder a demanda de este tipo. Calculo que poníamos todo en las manos de Dios, y hasta creo que confiábamos en que cada ciudad española conociese un domingo tan



La Falange se define frente al caos de España. No puede pensarse en un proceso lógico y reposado. No queda otro camino que el de la sublevación. José Antonio preside en Gredos la reunión de la Junta Política

maravilloso como aquel que nosotros estábamos viviendo, con lo cual, claro, no hubiese habido el menor problema. Si José Antonio hubiera sido trasladado a la cárcel de Zaragoza, de San Sebastián, de Vitoria, pongo por caso, entonces sí que aquel día hubiéramos tenido la concreta preocupación de su suerte. Recuerdo, en cambio, que en Aranda de Duero —ya metidos en la famosa marcha sobre Madrid— sí que comenzamos a indagar novedades, sin sacar nada en limpio. Nadie nos dio razón de José Antonio, y ahora pienso que lo que entonces hacíamos era buscarlo por toda la geografía española, revolver el desván para ver si encontrábamos aquel viejo prodigio del Amadís. Unos abríamos los amplios armarios castellanos, y otros registraban las claras salas andaluzas, y otros se asomaban a las boardillas de la montaña, y otros a los ventanales del mar. A nosotros, vagamente, nos tocó seguir la pista de aquel verso de Alfaro:

*Del Arlanzón al Duero
el capitán se ha perdido.*

En Somosierra, por fin, tuvimos la primera noticia. Yo lo recuerdo en «La fiel Infantería»: «Nos dieron orden de estar preparados para el amanecer siguiente: se reanudaba el avance. Antonio y Mario saltaban abrazados. Rafael manoteaba con un periódico. Me llamaron con aire jubiloso:

—Mira, mira...

No sé qué hoja menuda de provincia traía la noticia: al frente de una columna de falangistas, José Antonio marcha sobre Madrid.

Al rezar el rosario dimos gracias y no pedimos nada. Aquella noche lo teníamos todo.»

Era un jubiloso morir el de los días iniciales, con la fe intacta, con el triunfo ante los ojos, y creo que esta afirmación es válida para los combatientes iniciales primeros de ambos bandos. José Antonio, en Alicante, permanecía aislado, solitario, esperando a sus escuadras. Un intento suicida de liberación casi hace llegar hasta su celda el rumor de los disparos. Los falangistas de Callosa —con una desesperación sublime, con una «fides celtibérica» anticipada— se dejan matar sobre el terreno antes de abandonar la imposible empresa. José Antonio sabe todo esto, siente en su torno la angustia feroz de

sus camaradas, y en la urgencia dramática de aquel verano todos pensamos en él, todos hablamos a diario de él.

Otoño final, otoño primero

Esto de la Era Azul me parece que se lo inventó Teófilo Ortega. Por entonces se ponía debajo de la firma de los artículos, o en algunos artículos, «Año I de la Era Azul». La Era Azul, aunque parezca mentira, comenzó en el primer otoño de la guerra, porque el otoño siempre es propicio a estas cosas, ¡qué le vamos a hacer! De la fabulosa confianza de aquel tiempo dará idea esto: se celebró una reunión de arquitectos que planearon la tribuna desde la que José Antonio habría de arengar, en la plaza del Castillo, a sus falanges en ple de guerra. Hubo importantes intentos de liberarlo. Se formó una tropa selecta, una guerrilla dispuesta a todo. Conoció camaradas que se enfadaron apasionadamente por no haber sido elegidos para tan peligrosa tarea, y sus reproches, a lo celtibero, solían recaer sobre alguno de sus amigos que hubiese sido convocado para el honroso riesgo. «Ese no vale lo que yo», decían altivamente. Y me parece que se equivocaban, porque para luchar por la libertad de José Antonio cualquier falangista normal hubiese valido. Pero tampoco aquello sirvió. José Antonio estaba solo.

El, que muchas veces ha predicho su muerte, la espera ahora. «Nunca es alegre morir a mi edad.» Tiene treinta y tres años, esa misteriosa edad señalada por la sangre de Cristo, y a Cristo, y como redentor de su Patria, él va a ofrecer su sacrificio por la paz y la grandeza de España. «¡Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles!» Está dispuesto y con clásica gravedad atiende a su final. Cuando un periodista, en ocasión de haber salido indemne de un atentado, le preguntó: «¿Por qué hubiera usted sentido más morir esta tarde?», José Antonio, sencillamente, dio su respuesta: «Por no saber si estaba preparado para morir. La eternidad me preocupa hondamente. Soy enemigo de las improvisaciones. Igual en un discurso que en una muerte. La improvisación es una actitud de la escuela romántica y no me gusta...»

No fue un arrebató su iniciación política. No se deja arrebatar ahora «por la póstuma reputación de héroes».

Defiende su vida, que él sabe necesaria para España. Toda su vida ha sido una preparación de la muerte, de un modo singular esos tres años de predicación, de persecución, de lucha: estos tres años, como unos ejercicios espirituales y tácticos de la muerte, estos tres años que acaban en la maldita madrugada de noviembre. «¿Sabéis qué es lo que más me gusta del Cid? Que ganaba batallas después de muerto», confesó un día a sus fieles.

Suscitó la leyenda de un Cid, la admiración y la lealtad de un Juan de Austria. Fue un príncipe de la juventud, el mejor hombre que ha tenido España en muchos siglos. Y ganó batallas después de muerto. Y era tan humano que también las perdió, o, mejor dicho, nosotros las perdimos en su nombre.

A la noticia que yo leí en «El Pensamiento Alavés» —un día o dos después del 20 de noviembre de 1936, o quizá aquella misma noche— siguió el nacimiento de la más hermosa leyenda que he visto florecer. Cualquiera sabe la historia del Ausente, la esperanza que germinaba bajo esta casi sacra adjetivación; pero lo que ya no sabe todo el mundo es hasta qué punto el discreto silencio de los que estaban en el secreto —no sé si pocos o muchos— se transformaba en ilusionada espera para nosotros, los de filas. He hablado con centenares de camaradas que tenían noticias frescas, recientes y verosímiles de José Antonio. He escuchado consignas cuyas llegadas directamente desde «un lugar de España» o «un sitio del extranjero». Eugenio Montes, luego se lo he oído contar, gestionó la vida de José Antonio desde París. Supo, claro, la verdad. Pues bien; en enero de 1937 visitó Pamplona. Allí lo conocí. Con un respeto imponente y una valerosa timidez que ahora me parece ingenua y hasta deliciosa, metí baza en la conversación que alrededor de una fantástica mesa, colocada bajo un arquero pintado en la pared por Crispín, sostenían don Fermín Yzardiaga, Angel María Pascual, Pedro Laín, Carlos Foyaca, no sé si López Ibor, y Angel de Huarte con Eugenio Montes. «Cuando vuelva José Antonio será como un príncipe y a sus hijos los haremos reyes», dije, más o menos, con un arrebató de fundador de dinastías del que no me arrepiento. Y Eugenio Montes hizo historia de cómo las estirpes que sirven a la patria alcanzan los principados y luego los tronos. Pero ni dijo ni media palabra de sus gestiones



La plana mayor de la Falange cautiva forma equipo. La cárcel se aprovecha para el estudio y la perfección. También el deporte ocupa lugar en las horas de prisión. José Antonio, también allí, capitanea el equipo



La Falange ha de caminar mucho sobre España y la cárcel es buen lugar para preparar la andadura. José Antonio con los mandos falangistas en la Modelo de Madrid

en París, ni tampoco de una que pudo ser decisiva, llevada por el viejo conde de Romanones, con el ministro de Asuntos Exteriores de Francia.

En las formaciones de la Bandera 26, a la que pertenecía entonces, y que acababa de ser constituida con solera de los primeros días, gritábamos reglamentariamente: «¡Arriba España! ¡Viva José Antonio!», antes de romper filas. Y con motivo de alguna manifestación patriótica no era raro el oír: «¡Viva el Ausente!»

Por aquel tiempo se acabaron la Era Azul y la guerra de guerrillas. Las guías Michelín ya no guiaban a ningún Estado Mayor, por minúsculo que fuese, y la guerra se metía en escala europea, universal. Madrid ya no era una fruta madura, y de las heroicas improvisaciones de la primera hora surgía un Ejército. Ya nadie hablaba de la marcha sobre Madrid, ni siquiera de la guerra; se hablaba de la campaña. En cuanto a la vida de José Antonio, todos sabíamos que estaba en peligro, pero que, en definitiva, habría de salvarse. «Pilar ha recibido carta de José Antonio», afirmaba uno, uno que pasaba, y cuya única credencial era la camisa azul. Y eso bastaba a nuestra fe de carboneros armados. Por lo demás, la Bandera 26 sostenía que José Antonio estaba seguro, razón suficiente para que yo, sencillo jefe de escuadra, mantuviese a toda costa la tesis de mi unidad.

«José»

La vaguedad, la confianza, el puro rumor, el agarrarse a un clavo ardiendo: la fe. Esto es lo que caracterizó un período fundamental de nuestra vida de jóvenes falangistas. Leímos en los primeros meses de 1937 una espléndida entrevista con Manuel Hedilla. Al final, Victorio de la Serna le interrogaba sobre José Antonio. Herido vivamente de camaradería y añoranza, Hedilla respondió: «¡José!» Ni uno sólo de nosotros vio en la hermosa retórica con que el periodista rodeaba esta simple invocación otra cosa que literatura de la buena. Ninguno de nosotros caló en lo que había en ella de dolorosa confesión. Particularmente diré que lo único que me chocó fue el ver que alguien llamaba José a quien para todos era José Antonio. Después me han dicho que ésa era una costumbre familiar, pero no lo he comprobado.

Cada cual se procuraba las más extravagantes noticias en su especial intendencia. Había el que habló el miércoles pasado con un camarada que lo vio quince días antes. Había el que precisaba detalles escalofriantes sobre un fusilamiento simulado. Había quien deslizaba consideraciones sobre el tutelaje que un heterogéneo grupo de potencias había montado cerca de José Antonio, y no faltó quien atribuyó a determinado político rojo la segura salvación de nuestro Ausente. Este político habría de jugar después, y fuerte, sobre la ingenua esperanza de los falangistas de filas. Había quien hablaba de un José Antonio gravemente afectado por las consecuencias de un asalto a la cárcel. Nos daba bríncos el corazón con cada una de estas noticias, y sin apercibirnos nosotros mismos las redondeábamos. Se hablaba de José Antonio aquí y allá, en el frente y en la retaguardia, y su retrato estaba en las chabolas de primera línea, en las viejas carteras de los soldados, en los puestos de mando, en los hospitales, en las casas humildes y en las miserables casas de los campesinos. Aquellas casas que él alegró con su paso, que él llenaba de fe. Los niños que nacían se llamaban José Antonio, y las niñas, María Victoria. Había todo un romancero popular y hasta bárbaro de José Antonio, lleno de impetuosa virulencia, y en una Bandera de Navarra oí esta copla:

*Con un puñado de sal
y otro de canela en rama
hizo Dios a José Antonio
para que salvara a España.*

También oí otra, una noche de Tíeruel, a una Bandera de la Legión que volvía de operar, y la copla era triste y fría como la nieve menuda que caía sin cesar.

*Echale amargura al vino
y tristeza a la guitarra;
compañero, ¡nos mataron
al mejor hombre de España!*



Tras la reja, "donde acaso se pretende al encerrarme a mí encerrar el espíritu de la Falange" —escribía José Antonio—, el Jefe Nacional sigue al minuto la marcha de los acontecimientos. Recibe visita, da consignas...

Hablaban de él los rojos de zona nacional, que comenzaban a conocerlo con asombro, como más tarde ocurriría con los demás—como ocurrió con los que escucharon su defensa—, y bien claro vimos al pasar su entierro por la Ciudad Universitaria que los que en aquellos mismos campos desmochados se batieron frente a cast todo lo que José Antonio representaba, y también frente a cosas, reconocían con ademán triste lo que habían perdido al perder la vida de aquel hombre joven, generoso, audaz y de mente abierta, luminosa y ordenada.

Resulta a estas alturas—veinticinco años ya, Señor, uno a uno sobre nuestros corazones—, resulta muy fácil hablar del esebastianismo falangista; pero, ¿quién de verdad, aun sabiendo lo que ocurrió un 20 de noviembre, no esperaba el milagro: ¿Cuántas veces no razonamos con sus propias palabras: «Nuestra misión es difícil hasta el milagro, pero nosotros creemos en el milagro»?

Recuerdo conmovidamente el tono misterioso y seguro que empleábamos para convencer a los demás y la inocencia con que se aceptaba ese mismo tono cuando venía dirigido a nosotros. «Cuando vuelva José Antonio» era una frase de curso habitual y un escudo que nos protegía contra desilusiones, amarguras y desfallecimientos. Casi con el triunfo nos vino la noticia irrefutable. Yo oí el discurso del Candillo desde mi cama del hospital. Era un día claro de otoño y rompí a llorar desconsoladamente, y a la otra mañana, en los funerales, todos teníamos los ojos enrojecidos. Esto que ahora cuento es una locura, pero es verdad. Por mi parte, y creo que no fui el único, aún esperé. Fue en Alicante, una tarde de sol, cuando ya no hubo lugar a la duda. Esa tarde comenzaba el penúltimo peregrinaje de José Antonio por las tierras que amó y entendió como nadie. Comprendo que nuestra terquedad parecerá ridícula; pero a mí me gusta contarlo así, y además es la pura verdad, y cuanto pienso en ello, y en que entonces, junto a la tumba de José Antonio, se nos acabó la juventud a muchos, españoles, me parece sentirlo vivo dentro de mi corazón como la alegre, vital y purificada sangre de España.

Rafael GARCIA SERRANO